

Goethe en el mundo hispánico

I. QUIEN trata de ver en una de las grandes historias de la literatura española que ha significado Goethe para el mundo hispánico, sufre una desilusión. Encuentra, sí, muchas referencias a él, pero ninguna apreciación del fenómeno en conjunto. Falta hasta ahora una investigación exhaustiva; los ensayos que existen son equivocados como el de García Morente, o incompletos como el más reciente de Robert Pageard¹. Esos ensayos parten de la idea de que la influencia de Goethe es ante todo un fenómeno literario, un episodio de la historia de la literatura. Semejante punto de vista nos parece estrecho. La aparición de Goethe es un acontecimiento de tal magnitud, que no cabe reducirlo a un simple episodio literario, por brillante que sea. Goethe, dijo hermosamente Hofmannsthal, "sustituye, como fundamento de la educación, a toda una cultura"; así, pues, sólo se puede comprender totalmente su influencia si se la entiende como expresión de una cultura. Y esto vale sobre todo cuando se trata del intercambio entre culturas distintas. El encuentro del mundo hispánico con Goethe no se limita a una cuestión de influencias literarias: representa un recíproco deslindar de posiciones de dos culturas diferentes.

Tenemos que tratar de ver el fenómeno Goethe desde la cultura hispánica. Sólo así podremos comprender cuáles han sido los efectos de su acción, cuando se han ejercido, y por qué justamente en un momento determinado y no antes. Y al considerar a Goethe, en cierta forma, con ojos de espa-

ñol, deberemos aclarar la relación de la cultura hispánica con la alemana desde la época de Goethe. Nuestra empresa es arriesgada, sobre todo si se tiene en cuenta la enorme extensión del mundo hispánico. La materia es demasiado vasta para que podamos detenernos en detalles, pero es posible trazar a grandes rasgos el fenómeno. Apresurémonos a insistir en el hecho de que no se puede tener una imagen exacta de la significación de Goethe para el mundo hispánico si no se toma en consideración a Hispanoamérica al lado de España.

II. Justamente en la época de Goethe, la cultura española y la alemana, que tantos puntos de contacto tuvieron anteriormente, se habían apartado y se encontraban como extrañas una frente a otra. Mientras Alemania vivía su Edad de Oro, España llegaba al punto más bajo en la historia de su cultura. El siglo XVIII es, en efecto, uno de los más pobres de esa historia. Este distanciamiento era fruto de un largo proceso. La cultura alemana está determinada ante todo por el protestantismo; la española por el catolicismo. "La Iglesia [católica] es el eje de oro de nuestra cultura; la Iglesia nos ha educado; merced a ella nos hemos convertido en una nación, en una gran nación", dice Menéndez Pelayo, llamado por alguien el "Fichte español". Los españoles, según él, son un "pueblo de teólogos"², y la literatura anterior a 1800 demuestra que ello es así. La naturaleza de su catolicismo distingue a España de las demás naciones católicas. En ninguna otra parte fue la religión tan exclusiva, tan intolerante y, por su alianza con el absolutismo monárquico, tan totalitaria. Tras la derrota del erasmismo, una rígida ortodoxia, convertida en clericalismo, domina dogmáticamente

¹M. GARCÍA MORENTE, "Goethe und die hispanische Welt", en el *Jahrbuch der Goethe-Gesellschaft*, XVIII (1932), pp. 80 ss.; R. PAGEARD, "Goethe dans la vie littéraire espagnole (1812-1950)", *Revue de Littérature Comparée*, XXVII (1953), 403-416. Justo es señalar que el artículo de Pageard, dentro de sus limitaciones, es excelente y trae datos importantísimos. Cabe señalar que, a pesar del título, la bibliografía y el material de texto no van más allá de 1900.

²MENÉNDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, ed. de V. Suárez, Madrid, II, 133; *Ensayos de crítica filosófica*, ed. de 1918, p. 297.

toda la vida política y cultural; no hay distinción entre poder espiritual y poder temporal, sino un régimen teocrático de carácter totalitario. Esta es una de las razones de la decadencia de España, como queda de manifiesto hacia 1700 con la Guerra de Sucesión que pone a los Borbones en el trono. La tradición clerical explica la testarudez con que España se defendió de toda innovación. Mientras en el resto de Europa las ciencias naturales progresan y la burguesía pasa a ser el estrato básico de la sociedad, en España perdura lo antiguo en todos los órdenes, se venera y se sigue lo viejo, y se rechaza lo nuevo por ser nuevo. La censura del Estado y la Inquisición habían sofocado casi por completo, hacia 1800, la literatura española (Lo que este género de medidas significa dentro de un Estado totalitario lo hemos vuelto a experimentar recientemente en carne propia). Se llegó no sólo a una esterilización de la vida espiritual, sino también, mediante la prohibición del intercambio cultural con el extranjero, a un aislamiento de los dominios españoles respecto del resto del mundo. Poco era lo que se llegaba a saber sobre la literatura y la ciencia extranjera. En el mundo hispánico, hacia 1800, a Goethe se le conocía sólo de nombre.

III. De este letargo y aislamiento fue arrebatada España por la crisis con que se inicia el siglo XIX. "Dentro de un lapso relativamente corto —dice Wölfflin—, la humanidad europea pasó entonces por un proceso de radical regeneración. Lo nuevo se opone sin ambages a lo antiguo, y esto en todos los órdenes". También España se ve arrastrada por el torbellino de los acontecimientos europeos; con ello se rompe el aislamiento, se derriba el absolutismo, se debilita el predominio eclesiástico. No en vano hubo en el país, durante años, ejércitos revolucionarios franceses. Pero mientras en otras partes se luchaba por el progreso político y social, en España se buscaba, ante todo, quitar a la ortodoxia el dominio de la situación y libertar la vida espiritual de las ataduras de la tradición escolástica. La concepción del mundo ocupa el primer plano de las ocupaciones. Pero la inercia característica de la historia de España se confirma también aquí; el debate es lento y prolongado y, en la práctica, dura hasta hoy.

Hasta 1833 se sostuvo el absolutismo, con algunas interrupciones. Los desórdenes ajenos a la guerra contra el poder napoleó-

nico llevaron al destierro, en oleadas sucesivas, a los representantes de la *élite* política e intelectual de la nación. En Londres y en París se encontraron éstos con sus compañeros de destino de la América española, que luchaba entonces por conquistar su independencia. En cierto modo, casi toda la literatura española había emigrado, fenómeno que se ha repetido cien años más tarde. En el destierro se enteraron estos emigrados de lo que entre tanto había ocurrido en la vida cultural europea. Conocieron el romanticismo, y el romanticismo les hizo descubrir a Alemania como si fuera un continente nuevo. Se percataron de que se había iniciado una nueva época. Traer a España su espíritu después de la caída del absolutismo fue la misión histórica que les cupo en suerte y que llevaron a cabo³. A este propósito, fue de gran importancia la mediación francesa, sobre todo en la primera mitad del siglo; y el libro que más influyó fue el de Mme. de Staël *De l'Allemagne*: de él está copiado el primer artículo que apareció en España sobre Goethe, el año de 1837.

Hacia mediados del siglo los españoles interesados en la ciencia y la literatura comenzaron a viajar a Alemania, y así hubo en España un conocimiento inmediato del romanticismo alemán. Hasta entonces era poco lo que se sabía de Goethe, aunque había habido, a pesar de todo, algunos contactos. El primer libro de Goethe que apareció en España fue *Hermann y Dorotea*. Publicada en 1812, durante la guerra, cuando la censura y la Inquisición habían sido temporalmente suprimidas, esta obra tuvo un éxito notable, como se ve por la serie de reediciones (1819, 1828, 1848...), y sigue siendo popular en nuestros días. La primera versión española del *Werther* es de 1819. Pero el libro ya se conocía antes, pues circulaba por lo común en forma clandestina, la traducción francesa. En 1803 la censura había negado autorización para editarlo en España, y todavía en 1842 lo condenaba públicamente la Iglesia⁴. En general, el *Werther* se leía por ser un libro "de moda"; sólo más tarde se dejó sentir su in-

³Véase ahora el gran libro de VICENTE LLORENS, *Liberales y románticos: una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*, México, 1954.

⁴Pienso publicar en otro lugar los votos emitidos en estas ocasiones, pues son de gran interés para el enjuiciamiento de la situación literaria que entonces reinaba. Una traducción española fue publicada en París en el año 1803.

flujo literario. Hasta 1860 anotamos once ediciones, a las que después se añadieron muchas otras. En cuanto al *Fausto*, es evidente que no penetró en la conciencia espiritual del mundo hispánico, durante la primera mitad del siglo XIX, si bien tuvo lectores aislados. Sólo dos artículos sobre Goethe aparecieron en España durante esta época: uno anónimo y otro de Hartzbusch⁵.

Para un lapso de cincuenta años es muy poco⁶. Lo que llega de Goethe al mundo hispánico en estas décadas es obra del azar. No hay en ello un acto de elección, sino que todo es efecto de la fama. Y si falta elección, falta también la fuerza que tome sobre sí el papel de mediadora. "Lo propio de una literatura extranjera —dice Goethe en sus *Tages und Jahreshefte*— debe sernos traído, y aun impuesto: debe ser posible obtenerlo sin esfuerzo cuando queremos cogerlo para gozarlo con comodidad". En España no había aún quién pudiera realizar este anhelo; largo tiempo pasó antes de que aparecieran buenas traducciones, y más largo todavía antes de que se las consiguiera por un precio accesible y se las pudiera leer sin riesgo. Si pensamos en la distancia que separaba a las dos literaturas, en lo ajenas que debían resultar para los pueblos hispánicos las circunstancias del ambiente goetheano, en cuán diversos eran el paisaje, la naturaleza, los hombres, las costumbres y las relaciones sociales, podemos formarnos una imagen de las dificultades con que debían tropezar en el mundo hispánico de entonces unas obras tan geniales como desusadas. En un país donde la Biblia no era un libro que anduviera en manos de todos, tenían que parecer incomprensibles o chocantes muchas cosas que en otros lugares no llamaban la atención. Y no debemos olvidar las consecuencias de una secular censura, el aislamiento producido por la guerra y la atrasada estructura social de un mundo hispánico. Estos, en

cierto modo, son factores neutrales, que no arguyen ni simpatía ni antipatía por Goethe.

Pero hubo también fuerzas que lucharon expresamente en pro o en contra de Goethe. Al comienzo, fueron sus enemigos quienes tuvieron la supremacía. Constituían grupos que no siempre es posible distinguir con precisión: unos se atribuían la misión de defender la latinidad mediterránea contra la Europa nórdica, contra tendencias culturales que se tenían por bárbaras o inconvenientes (esta orientación prolonga el aislamiento de años anteriores, aunque poco a poco pierde terreno); otros creían que había que rechazar a Goethe por razones de tradición y de ortodoxia, y no faltaban quienes repudiaran a Goethe en su calidad de representante del *ancien régime*, de *bourgeois*. Estas tendencias, por lo demás, reinaban asimismo en la Academia de entonces en forma de reacción y de teutomanía. A Goethe lo representaban sus enemigos como el Olímpico impassible, el frío escéptico, el egoísta sin patria, el pagano peligroso y mujeriego, el hombre inmoral que había abusado de su talento. No sin causa son obras fundamentales apologeticas las *Mittielungen über Goethe* de Riemer y el *Goethe, zu dessen näheren Verständnis*, de Carus. Ni es de admirar que en manos de los primeros españoles que quisieron saber algo sobre Goethe en libros alemanes hayan caído precisamente obras antigoetheanas⁷.

IV. Estos factores desfavorables pudieron prosperar porque faltaba el medio más importante para contrarrestarlos: el contacto personal e inmediato. Ingleses, franceses, escandinavos, rusos, polacos y norteamericanos vinieron a la casa de Goethe y pudieron ver y oír de cerca al gran hombre. Los súbditos del monarca español que salieron voluntaria o forzosamente de España y de Hispanoamérica fueron a París o a Londres, pero muy pocos llegaron hasta Alemania. Sólo en dos casos se puede hablar de una relación inmediata con Goethe. Sólo un español de Madrid y un cubano de La Habana tuvieron algún contacto con él.

En 1832, poco tiempo después de la muerte de Goethe, apareció en la revista

⁵El primero, que, como hemos dicho, se basa casi íntegramente en Mme. de Staël, apareció en *El Semanario Pintoresco*, núm. 91, 24 de diciembre de 1837; el de HARTZENBUSCH, en el cual se ofrecen informaciones sumarias sobre "El teatro alemán hasta Goethe", se publicó en 1847 en la Revista literaria de *El Español*. Véase también *infra*, nota 7.

⁶Es típico, por ejemplo, que la *Enciclopedia moderna*, cuya publicación se inició en Madrid en 1851, no contenga un artículo sobre Goethe, aunque están representados muchos poetas ingleses y franceses de segunda y tercera categorías.

⁷Por ejemplo, el ensayo de WOLFGANG MENZEL traducido en 1836-37 en la *Revista Europea*, diatriba en que se habla del libertinaje y la debilidad del carácter de Goethe.

de Brockhaus, *Blätter für literarische Unterhaltung*, un homenaje poético intitulado "El español ante la tumba de Goethe" y firmado por L. G. Pardo. Lo precede la siguiente nota de la redacción: "Un español sin pretensiones, pero de vasta cultura, esparce estas flores —de cuya difusión somos los únicos responsables, sin que, por lo demás, creamos necesitar una excusa por ello— sobre la tumba de Goethe, a quien conoció poco tiempo antes de que él muriera, después de haber consagrado durante dos años a las creaciones poéticas de éste y de Schiller, con activo celo y espíritu abierto, las horas de ocio que le dejaba su profesión, la minería". Esta oda lúnebre es el primer homenaje poético a Goethe en lengua española⁸, el primero de una serie que ahora es muy larga. La nota de la redacción sobre la visita de "L. G. Pardo" constituye, hasta ahora, la única prueba de su relación personal con Goethe; el nombre no figura en la lista de visitantes de Frauenplan. Fue seguramente una breve visita de cortesía, de la que ni Goethe ni sus colaboradores se cuidaron de tomar nota. Nosotros hemos podido averiguar su nombre completo y los rasgos más salientes de su biografía. Lorenzo Gómez Pardo (1801-1847) fue uno de los liberales que de 1820 a 23 sostuvieron la Constitución contra el absolutismo, y en 1825 tuvo que emigrar a Francia⁹. Sobre sus intereses literarios no sabemos más que lo que nos dice la nota de la revista de Brockhaus. Pero eso solo ya es mucho. Es tan insólito el hecho de que en esos años un español lea en alemán a Goethe y a Schiller, que debemos considerar a este ingeniero de minas como a uno de los primeros goetheanos del mundo hispánico.

Mucho mejor informados estamos acerca del segundo caso. El cubano José de la Luz

y Caballero visitó en varias ocasiones al octogenario Goethe, la primera vez el 9 de septiembre de 1830, con una carta de presentación de Varnhagen von Ense. El día 10 escribía Goethe a Varnhagen: "También llegó el anunciado señor de la Luz en momento muy oportuno, pues tuve ocasión de presentarlo a varios señores y señoras cuyo conocimiento ha sido de interés para él. Aunque sinceramente confieso que las visitas de extraños suelen fastidiarme, toda persona recomendada por usted es con certeza digna de que se la salute, y encontrará en mí una amistosa acogida"¹⁰.

¹⁰Varnhagen había anunciado a José de la Luz en una carta de presentación dirigida a la Princesa von Carolath (21 de agosto de 1830), que concluye así: "Al tiempo de poner fin a esta carta, se dirige otra vez a mí un extranjero que acaba de traerme recomendaciones y me pide unas palabras de presentación ante V. E. Tampoco esta vez me abstengo de hacerlo, y me consuela pensar que V. E., lejos de experimentar fastidio, sentirá, como yo, una grata sorpresa cuando se presente ante V. E., en su oportunidad, el Sr. de la Luz, español de La Habana que en su lejana patria se ha abalanzado con apasionada afición sobre la literatura alemana, estudiando los escritos de Goethe, Schiller y Wieland, después de aprender allá mismo el alemán que habla". La carta enviada por Varnhagen a Goethe, tres días después, dice así: "Ya me he atrevido a anunciar a V. E., en la carta que le hice llegar a través de la Princesa von Carolath, que un español de La Habana, amigo entusiasta de la lengua y la literatura alemanas, desea seros presentado por medio de unas palabras de recomendación de parte mía, y que, asimismo, yo no he tenido nada que oponer a su ruego. Helo aquí, pues, en persona, junto con un hermano y dos españoles más, también de La Habana, y compañeros suyos de viaje. Su inclinación hacia Alemania y hacia la cultura espiritual alemana no ha hecho sino aumentar durante su permanencia en esta ciudad, donde ha visto a hombres como Alexander von Humboldt, Schleiermacher y Savigny; tampoco en Dresde y en Leipzig le escaseará este alimento, pero encontrará su meta suprema en Weimar, desde donde proyecta continuar su viaje hacia el Rin, para luego seguir rumbo a Munich y Viena. No dudo de que el Sr. de la Luz llevará también a V. E. valiosas sugerencias, y anoto, para terminar, que ni siquiera la teoría goetheana de los colores ha escapado a su atención. —Con la reiterada expresión de mi más profundo respeto y mi más íntima y agradecida devoción, me suscribo como el más fiel y obediente servidor de V. E. —K. A. Varnhagen von Ense. —Berlín, 24 de agosto de 1830". (Gracias a la amabilidad de los directores del Goethe-Schiller-Archiv, de Weimar, podemos publicar esta carta, inédita hasta ahora). Varnhagen dio a José de la Luz toda una serie de cartas de presentación —para el profesor Schlosser de Heidelberg; para el barón von Hormayr, de Munich; para el general von Pfuell, de Colonia—, publicadas ahora en alemán y castellano, en el volumen *José de la Luz y Caballero, De la vida íntima*, La Habana, 1949. En todas ellas celebra Varnhagen el saber del cubano

⁸Sigue a continuación el texto castellano; en noviembre del mismo año de 1832 se publicó en la revista una versión alemana.

⁹En París estudió mineralogía, y allí pudo saber algo de Goethe. Prosiguió sus estudios en Alemania y Austria, y en su juventud estuvo de paso en Weimar. Después de la muerte de Fernando VII, en 1833, lo encontramos de nuevo en Madrid como profesor de metalurgia; sus méritos debían de ser sobresalientes, puesto que en tan temprana edad era ya miembro de la Academia de Ciencias e inspector general del Cuerpo de Ingenieros. Con sus colecciones y con un importante legado se constituyó, a su muerte, un laboratorio que lleva su nombre y en el cual se conservan sus manuscritos. (Debo estos datos a la amabilidad del Dr. José Fradejas, de Madrid).

Evidentemente, el cubano causó buena impresión, y además entabló relaciones epistolares con los amigos de Goethe. En su correspondencia, publicada en La Habana en 1949, hay por ejemplo, una carta del doctor Robert Froriep, en la cual leemos, entre otras cosas: "De acuerdo con lo convenido, tengo el placer de enviarle algunas cosas a Viena, aunque por desgracia no puedo incluir hoy el manuscrito de Schiller y Goethe, pues Goethe quisiera escribir antes algo para usted y aún no ha tenido tiempo. . . Le envío, mientras tanto, un manuscrito de Wieland, y añado algunas poesías compuestas para celebrar el cumpleaños de Goethe, las cuales se cantaron aquí durante un banquete; le pueden servir, además, como recuerdo del profesor Riemer, a quien usted conoció en casa de Goethe" (carta del 19 de septiembre de 1830)¹¹. Lo que Goethe quería escribir para él era seguramente uno de esos "aforismos" que gustaba de enviar a sus amigos y admiradores. No sabemos qué manuscrito llegó a recibir José de la Luz, pero la carta anterior nos dice mucho acerca del trato excepcional que recibió en la casa de Goethe.

Esta visita tuvo consecuencias tan importantes para las relaciones entre Goethe y el mundo hispánico, que debemos ocuparnos más detenidamente de José de la Luz y Caballero (1800-1862). Educado dentro de la tradición clerical, quiso al principio seguir la carrera eclesiástica, pero sus inclinaciones lo convirtieron en un destacado educador, que marcó nuevos rumbos. Ya en su juventud era tal su interés por la literatura alemana, que aprendió el alemán del mismo modo que Carlyle, leyendo sobre todo a Goethe. No sabemos cómo llegó a conocer

a los clásicos alemanes en un tiempo en que la educación pública en Cuba estaba muy lejos de hacerlo posible¹². Sabemos que admiraba también a Lessing, y más tarde estudió filosofía alemana. Entre 1828 y 1831 viajó por Europa y visitó Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. De regreso en La Habana, asumió la dirección del Colegio El Salvador y lo convirtió en el más importante de Cuba. Su influencia fue decisiva. El mismo daba clases de literatura y filosofía alemanas, e insistía en que sus alumnos aprendieran alemán, cosas absolutamente insólitas todas ellas. Es fama que el único cuadro de su gabinete de estudio era un retrato de Goethe, grabado en acero.

Gracias a su actividad pedagógica, su obra se prolongó en sus discípulos. Sobresalen entre ellos Enrique Piñeyro y Antonio Angulo y Heredia (1837-1868). Este último, historiador de la literatura, dio en el Ateneo de Madrid, en 1836, el primer curso sobre Goethe y Schiller que hubo en el mundo hispánico. Y es de gran interés el homenaje que tributa a su maestro José de la Luz y Caballero:

Sin su enseñanza, sin su dirección sabia y buena, no me habría sido jamás posible subir a la cátedra del Ateneo para hablaros sobre la literatura alemana. . . El me transmitió su adoración entusiasta por la literatura y filosofía de Alemania, que conocía a fondo, gracias a largos estudios hechos con amor y perseverancia, ya en nuestra Cuba, ya en la misma Alemania durante su bien aprovechado viaje por esa sabia nación, viaje fecundo para su espíritu elevadísimo, en el cual tuvo la fortuna y la dulce satisfacción de conocer y visitar más de una vez al inmortal Goethe¹³.

A través de él oímos también lo que José de la Luz pensaba acerca de la lengua y la literatura alemanas, y vemos con cuánta justicia celebraba Varnhagen el entusiasmo del ilustre cubano:

Persevera en ello —conjura a sus alumnos— con constancia y entusiasmo, pues pronto dominarás el idioma, y entonces te aperibirás de que tu espíritu ha descubierto un nuevo mundo científico y lite-

y su interés por la literatura alemana. Se encuentra en el mismo volumen una amistosísima carta de Alexander von Humboldt a José de la Luz (19 de julio de 1831) en la cual le propone la instalación de un observatorio astronómico en La Habana. En el *Diario de Goethe* se lee: "9 de septiembre de 1830 (por la mañana): Un tal José de la Luz, oriundo de La Habana, recomendado por el señor von Varnhagen". El nombre "Luz, Habana" se encuentra además en las notas de agenda de septiembre de 1830, julio-agosto y septiembre-octubre de 1831. (Datos comunicados por el barón von Maltzahn, del Museo Goethe de Francfort). No es posible precisar por qué anotó Goethe aquí este nombre; quizá fue para darle acogida en sus memorias; quizá porque había recibido carta del cubano, o porque pensaba enviarle un aforismo o un manuscrito.

¹¹José de la Luz y Caballero, *De la vida íntima*, La Habana, 1949, núm. 51.

¹²En los *Escritos literarios* de JOSÉ DE LA LUZ (La Habana, 1946) figura una vida de Schiller que es, fundamentalmente, traducción de un artículo aparecido en 1819, en *Zeitgenossen*, la revista de Leipzig; es un simple ejercicio de pluma, pero nos demuestra que a los veintiún años sabía José de la Luz bastante alemán para traducir un ensayo nada fácil. Seguramente ya en este tiempo estaba enterado de los aspectos más importantes de la literatura alemana y conocía ya a Goethe.

¹³ANTONIO ANGULO Y HEREDIA, *Goethe y Schiller, Su vida, sus obras y su influencia en Alemania*, Madrid, 1863.

rario, más bello y fecundo que el francés y el inglés, en los que has vivido hasta ahora; entonces puedes dejar de lado los libros franceses, que por regla general no satisfacen más a quienes han aprendido a apreciar y digerir el alimento más rico y mucho más vivificante de los libros alemanes¹⁴.

El mismo año de 1863 se publicaron en un libro las lecciones de Angulo y Heredia, y así tuvo el mundo hispánico el primer estudio de conjunto sobre Goethe. No es muy original, desde luego —se apoya, sobre todo, en la historia de la literatura de Gerwinus—, pero su tarea de mediación resultó valiosísima, pues gracias a él los españoles cultos pudieron acercarse a Goethe. Este primer impulso llegó, por lo demás, justamente a los círculos de la intelectualidad que importaban en el caso. Así la visita de José de la Luz a Goethe ejerció, después de más de treinta años, una asombrosa acción a distancia.

Lo mismo cabe decir del otro discípulo que mencionamos, Enrique Piñeyro (1836-1911); en varias ocasiones escribió sobre Goethe¹⁵, siempre con notable penetración, y rindió también un conmovido homenaje a su maestro¹⁶.

Vemos, pues, que en la Cuba espiritualmente desierta de esa época despertó un duradero interés por Goethe gracias a un hombre, José de la Luz y Caballero, que se cuenta entre los primeros goetheanos del mundo hispánico. La semilla germinó en las décadas siguientes y se hizo sentir también en la Península. Podemos hablar, en rigor, de una escuela cubana que, nacida bajo el influjo de José de la Luz, cultivó la literatura y la filosofía alemanas. A ella pertenecen, entre otros, los escritores "Tristán Medina y Sánchez" (= A. Mattini), Saturnino Giménez y José de Armas y Cárdenas, así como los poetas Antonio Sellén, Diego Vicente Tejera e Isaac Carrillo y O'Farrill. El movimiento goetheano se extendió paulatinamente desde Cuba a todos los pueblos de habla española, en ambos hemisferios¹⁷.

¹⁴*Ibid.*, p. 27. También los *Aforismos* de José de la Luz, publicados apenas en 1945 en La Habana, muestran su predilección por la ciencia y la literatura alemanas y su relativo desdén de la cultura francesa.

¹⁵Sobre todo en su libro *Poetas famosos del siglo XIX. Sus vidas y obras*, Madrid, 1883.

¹⁶En el ensayo sobre José de la Luz, en *Hombres y glorias de América*, París, 1903.

¹⁷Nos limitamos por ahora a enunciar esta tesis. La demostramos en un trabajo mucho más extenso, que lleva el mismo título que el presente ensayo.

V. Nos hemos adelantado mucho, pero hemos conseguido dar con la pista de las fuerzas que modificaron la relación del mundo hispánico con Goethe. El vuelco se anuncia en la quinta década del siglo, y a partir de 1860 observamos ya el rumbo decisivo.

Nos hemos referido a los emigrados españoles e hispanoamericanos que en Londres y en París meditaron sobre el atraso español contrastándolo con la situación reinante en Europa, y que luego emprendieron la "europeización" de España. A su encuentro vino el romanticismo, que no sólo dio a conocer en el mundo hispánico los nuevos afanes, sino que volvió a despertar, tras una larga pausa, las fuerzas creadoras. El teatro, la novela y la lírica recogieron y elaboraron las inspiraciones del exterior. Gracias al romanticismo, sobre todo, se prestó atención a las baladas de Goethe, acogidas con entusiasmo e imitadas muy pronto de muchas maneras. En torno a Pablo Piferrer (1818-1848) se formó en Barcelona una escuela poética que se inspiró ante todo en las baladas alemanas, especialmente las de Goethe¹⁸. Abundaron las traducciones y paráfrasis, y el género llegó a ponerse tan a la moda, que un poeta de la época decía que hacía el año 50 "llovían baladas". Este entusiasmo es fruto de la vena histórica del romanticismo, de su afición a lo medieval-popular y misterioso; el mismo ambiente explica la popularidad de Walter Scott y el redescubrimiento de los olvidados romances españoles, tan parecidos a las baladas, que Goethe los llamó "baladas humorísticas".

Pero lo que se inició como una especie de exhumación histórica resultó ser al fin un redescubrimiento de los manantiales líricos. Cuanto más se cultivaban las baladas y los romances, con tanta mayor claridad se reconocía la esterilidad y artificialidad de la poesía hecha en el siglo XVIII. Y aquí debemos detenernos en el hecho notable de que se prestara primero atención a las baladas que a los *Lieder*. En la balada se desarrolla una acción, se relata algo de manera dramática, esto es, objetiva. En el *Lied*, en cambio, predomina lo subjetivo, lo íntimo, la *Stimmung*. Ahora bien, si en los romances poseía el mundo hispánico algo parecido a la balada, carecía casi

¹⁸Véase, por ejemplo, MANUEL DE MONTOLIÚ, *Manual de historia crítica de la literatura catalana moderna*, Barcelona, 1922.

totalmente de esa poesía subjetiva que expresa la intimidad con sus afectos y "estados de alma". Los poemas personales, como las *Coplas* de Manrique, son la excepción en la literatura castellana; y, en la poesía religiosa, la subjetividad de la expresión está ya limitada por la vuelta hacia lo divino. Falta, hasta el siglo XIX, la poesía que, como el *Lied*, expresa la *innerste Stimmung des Herzens*, y en vano buscamos esa efusión íntima entre la cima de la dicha y el abismo del dolor (*Himmelhoch jauchzend, zu Tode betrübt*). Parece como si el genio hispánico huyera de la exteriorización de los sentimientos. "Es cierto que somos poco sentimentales y aun, si se quiere, duros y secos", dice Menéndez y Pelayo. Y doña Emilia Pardo Bazán: "Lo menos humano en las letras españolas hasta nuestro siglo XIX es, sin duda, la poesía lírica"¹⁹.

En todo caso, era natural que se encontrara primero el acceso a las baladas que a los *Lieder*. Pero el *Lied*, sentido como algo totalmente nuevo, ejerció por ello mismo una influencia mucho más fecunda. Significaba el descubrimiento de nuevos reinos y nuevas formas de expresión. El mediador y el inspirador fue aquí un joven diplomático español —hermosa y honrosa tradición la de esos diplomáticos españoles e hispanoamericanos enamorados de la literatura, desde Quevedo, pasando por don Juan Valera, hasta llegar a Alfonso Reyes y Américo Castro—: Eulogio Florentino Sanz (1825-1881), secretario de la legación de su patria en Berlín, descubrió en 1852 a Heinrich Heine para el mundo hispánico, y tradujo una serie de poesías suyas al español²⁰, acontecimiento fecundo en consecuencias, pues en esas traducciones —e indirectamente en los *Lieder* de Goethe— se inspiraría Gustavo Adolfo Bécquer, la figura cumbre de la lírica española del

siglo XIX. Con Bécquer, dice Juan Ramón Jiménez, comienza la lírica española moderna. Heine y Goethe presiden, pues, a esta renovación.

Lo que Bécquer, con mirada genial, reconoció como la esencia del *Lied*, lo que intuyó como nueva posibilidad poética, otros tendrían que asimilarlo y elevarlo, laboriosamente, hasta la conciencia del mundo hispánico. A los *Lieder* de Goethe consagró el poeta valenciano Teodoro Llorente, en 1864, un vasto estudio, acompañado de gran número de traducciones²¹. No es pequeño el esfuerzo que tuvo que hacer para definir el *Lied*. El nombre y la cosa misma eran desconocidos, y no es raro que la palabra *Lied* siga siendo en castellano un término técnico de la literatura. A través del *Lied* recuperaron los hombres de habla española la conciencia del principio musical de la lírica, prácticamente olvidado desde el Siglo de Oro en provecho del principio arquitectónico. Sobre este redescubrimiento de lo musical —que en último término procede de Goethe— descansa el actual florecimiento de la lírica española en ambos hemisferios.

VI. Tal fue uno de los efectos del romanticismo. Simultáneamente tuvo lugar en el terreno de la cultura científica un fenómeno no menos importante, que hizo dar un paso decisivo a la secularización de España y abrió nuevas vías de acceso a Goethe. La generación que siguió a la de los emigrados liberales trató de llegar directamente a las fuentes alemanas, sin mediación francesa. Y la recepción de la ciencia y la filosofía alemanas determinó un verdadero renacimiento de la vida intelectual española. En la década del cuarenta parten los primeros hombres de ciencia españoles a estudiar en Alemania, entre ellos el catedrático Julián Sanz del Río (1814-1869), a quien seguiría una larga serie de españoles e hispanoamericanos. Sanz del Río estudió filosofía en Heidelberg y, como fruto de su permanencia en Alemania, llevó a su patria la filosofía de Carl Christian Krause. Fue el fundador del krausismo en España, movimiento que significó una renovación filosófica en el sentido del idealismo, y cuya importancia fue enorme. Bajo el signo del krausismo se emprendió la lucha contra la escolástica y la

¹⁹MENÉNDEZ PELAYO, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, Santander, 1942, t. V, p. 408. Véase también MANUEL DE MONTOLIÚ, *Manual de literatura castellana*, Madrid, 1947, p. 900. —Son muchos los que han percibido el fenómeno. El cubano ENRIQUE JOSÉ VARONA, refiriéndose en 1878 a la traducción de Heine por Francisco Sellén, consideraba el *Lied* como la forma por excelencia de la poesía alemana y como el polo opuesto de la castellana (véanse sus *Estudios y conferencias*, La Habana, 1936, p. 112). Según Varona, la tensión apasionada y el estado de alma determinado por la *Sehnsucht* y la *Laune* son todo lo contrario de la violencia que en forma verbosa se manifiesta en los poemas españoles.

²⁰En el *Museo Universal*, 1857.

²¹En *El Museo Literario de Valencia*, Tomo I (1864).

ortodoxia tradicionales, y con él se inicia el brillante desarrollo de la vida intelectual en la España moderna²².

La dilatación del horizonte condujo al intento de prescindir de la mediación francesa. Un grupo de profesores fundó en Barcelona, en 1862, la revista *La Abeja*, con el fin de dar a conocer en España la ciencia y la literatura alemanas; además de reseñas científicas, aparecen en la revista traducciones de obras literarias —Goethe, Schiller, Herder, Hebel, Jean Paul, Klopstock, Heine— y, sobre todo, una traducción en prosa de las dos partes del *Fausto* y otra nueva del *Werther*. Estos son años decisivos: en 1862 se funda *La Abeja*; en 1863 Angulo y Heredia da su curso sobre Goethe en el Ateneo, y en 1864 aparece el ensayo de Llorente sobre los *Lieder* de Goethe. En la década siguiente se repite el acontecimiento de *La Abeja*: la *Revista Contemporánea*, fundada en Madrid, en 1875, por el cubano José Perojo y Figueras, prosigue durante muchos años la misma labor, en nivel más elevado y con gran energía²³.

Todo esto crea poco a poco un clima nuevo y un ambiente favorable a Goethe. El *Fausto* pasa a ocupar el primer plano del interés. En las décadas del cincuenta y sesenta aparecen sendas traducciones (antes de 1900 eran ya dieciocho); se dirigen a una capa intelectual, de ideas independientes del clericalismo, deseosa y capaz de tomar una actitud frente a la obra. El poema provocó grandes debates, y se discutió, por ejemplo, la dependencia de Goethe res-

pecto de Calderón²⁴. Desde entonces ha proseguido la labor de interpretación. El *Fausto* ha llegado a incorporarse, como ninguna otra creación extranjera, al patrimonio del mundo hispánico. Encontramos traducciones, adaptaciones, parodias y hasta una ópera conforme al modelo de la de Gounod²⁵.

La fascinación ejercida por el *Fausto* podrá parecer un fenómeno natural a los alemanes, pero no lo es tanto en el caso de los países hispánicos, de fuerte tradición ortodoxa. En rigor, la fortuna del *Fausto* en España y en Hispanoamérica se explica por varias razones. Se veía, por una parte, cierta semejanza con las grandes obras ideológicas del teatro español, como *El esclavo del demonio* o *El condenado por desconfiado*, de manera que así se revivía una gran tradición hispánica. Por otra parte, se hacía hincapié en el elemento romántico: se sentía el *Fausto* como una quintaesencia del romanticismo, con su predilección por lo asombroso, lo demoníaco, lo popular y legendario. Pero además, el hombre moderno del mundo hispánico, empeñado en hallar un nuevo fundamento para la vida del espíritu, encontraba a tal punto reflejados en el *Fausto* su destino y sus problemas, que a menudo el lector se identificaba con el héroe. La obra de Goethe respondía en grado único a las diversas tendencias del mundo hispánico en vías de secularizarse. Casi se puede decir que el progreso de secularización se llevó a cabo bajo el signo de *Fausto*, y éste vino a ser una especie de símbolo de la crítica de las viejas tradiciones. El fenómeno va más allá de lo meramente literario, pues se trata aquí de una renovación completa. El *Fausto* era una nueva actitud ante la vida, y su héroe era la imagen del hombre que quiere vivir bajo su propia responsabilidad y no sujeto a una autoridad extraña.

No puedo detenerme aquí en los efectos

²²Sobre el krausismo, véase PIERRE JOBIT, *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine*, tomo I: *Les Krausistes*, París, 1936; HANS JESHKE, *Die Generation von 1898 in Spaen*, 1934; HANS FLASCHE en *Deutsche Vierteljahrsschrift für Literaturwissenschaft und Geistesgeschichte*, 1936, p. 382. En Hispanoamérica, en cambio, apenas tuvo importancia el krausismo. Lo que aquí determinó la secularización de la cultura fue, en lo esencial, el positivismo francés.

²³Véase RAMÓN PAZ, *Revista Contemporánea* (Madrid, 1857-1907), Madrid, 1950. (Colección de índices de publicaciones periódicas, 13). —Perojo (1852-1908), que había estudiado filosofía en Heidelberg con Kuno Fischer, defendió ardientemente en España el neokantismo, y provocó sonadas polémicas. Su revista, que durante más de treinta años constituyó una autoridad por sus ensayos sobre filosofía y literatura alemanas, es todavía hoy una lectura interesante.

²⁴La Real Academia Española propuso esta cuestión como tema de un concurso para celebrar el bicentenario de la muerte de Calderón (hecho que, por sí solo, demuestra que la actitud general hacia Goethe era ya otra). Resultó premiado el trabajo de A. SÁNCHEZ MOGUEL, *Memoria acerca de "El mágico prodigioso", de Calderón, en especial sobre las relaciones de este drama con el "Fausto", de Goethe*, Madrid, 1881. Esta *Memoria*, que todavía nos ofrece cosas valiosas, responde negativamente a la cuestión, con argumentos concluyentes.

²⁵Compuesta por Antonio de la Cruz, con libreto de Francisco J. Gobos, esta ópera se representó muchas veces en 1866.

literarios²⁶. Baste decir que, bajo estas circunstancias, era natural que floreciera el estudio de Goethe. Surgió entre los académicos un claro movimiento goetheano, y se leía también la bibliografía internacional sobre Goethe (libros como los de E. Caro, A. Mezières, G. H. Lewis). En 1878 don Urbano González Serrano, profesor de filología, publicó un libro sobre Goethe, excelente para su época, objeto de varias reediciones, y que determinó la imagen de Goethe en el mundo hispánico durante algunas generaciones, sólida base para los estudios que después lo siguieron²⁷.

Ahora se dirigió también la mirada al teatro de Goethe. En 1867 se tradujo *Egmont*, en 1868 *Tasso*, y en 1869 *Ifigenia* y *Goetz*. Sólo en 1893 apareció una edición más completa de los dramas, en la cual se incluyen, entre otras obras, *Pandora* y *Clavijo*. En general, el teatro de Goethe no llamó mucho la atención. No se conocían en España obras que sólo fueran poemas dramáticos, no destinados inmediatamente a la escena. Es verdad que en el *Goetz* se vio algo así como una pieza programática del teatro romántico; pero apenas en los últimos tiempos se ha sabido valorar una obra como *Ifigenia*²⁸.

VII. En la década del setenta creció el interés por la obra en prosa de Goethe. Desde hacía mucho se había reconocido la significación del *Werther* como fuente de inspiración para la novela psicológica²⁹, pero se confundía lo psicológico con lo

sentimental, errando torpemente en el tono. La gran dificultad estriba en que, para reproducir los procesos íntimos, hacía falta desarrollar primero un nuevo lenguaje, y éste sólo comenzó a dominarse hacia fines del siglo. La primera versión completa de *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* es de 1880; *Las afinidades electivas* aparecieron en la década del noventa; *Poesía y verdad* en 1881; y el *Viaje a Italia* en 1891. *Los años de aprendizaje* no ejercieron un efecto súbito y llamativo, sino hondo y tranquilo, y se muestra en la novela española al lado de las influencias rusas y francesas. Con los *Años de peregrinación* no se ha sabido muy bien qué hacer. Se siente, en cambio, gran estima por *Poesía y verdad* y por las *Conversaciones* con Eckermann. Las *Afinidades electivas* siguen siendo; en el fondo, ajenas al lector hispánico, quizá a causa de la manera protestante como se plantea el problema del matrimonio, planteamiento que también en otras partes ha causado escándalo. Sólo un pequeño grupo de conocedores ha sabido apreciar esta obra.

VIII. A fines del siglo encontramos una relación más íntima que nunca con Goethe. Los jóvenes lo estudian a fondo y se dejan guiar por él. En los años críticos de la última década se sintió a Goethe como el poeta universal, cósmico, capaz de despertar nuevas energías. El caso de Joan Maragall es característico. La lectura de una versión del *Werther* lo decide a aprender alemán. En 1884 escribe a un amigo: "Ahora tengo las obras completas de Goethe en el original alemán y he empezado con gran paciencia a traducir algunos *Lieder*, que verdaderamente me entusiasman... En todas las obras de mi ídolo encuentro representado lo grande en lo pequeño, y en una forma tan maravillosa, que me siento avasallado —no falta mucho para que me convierta en panteísta"³⁰. Nadie había hablado de esa manera sobre Goethe en España. El entusiasmo de Maragall, corifeo del "renacimiento catalán", se contagió a sus discípulos. Romántico tardío, era él demasiado "faústico" para apreciar lo que hay en Goethe de clásico y trágico, pero no obstante llamó la atención no sólo sobre la significación literaria de Goethe, sino también sobre su valor para acentuar la

²⁶Mientras aparece el libro que preparamos, remitimos al lector al artículo de J. M. PABÓN SUÁREZ DE URBINA, "algunas influencias del *Fausto* de Goethe en España", *Universidad (Zaragoza)*, IV (1927), 3-22 y 296-321.

²⁷URBANO GONZÁLEZ SERRANO, *Goethe. Ensayos críticos*, Madrid, 1878; 2ª ed., corregida y aumentada con el estudio sobre el *Fausto* y precedida de un prólogo de D. Leopoldo Alas, "Clarín", Madrid, 1892; 3ª ed., Madrid, 1900; hay todavía una ed. de Buenos Aires, 1944.

²⁸Son escasas las representaciones de dramas de Goethe en el mundo hispánico. He aquí algunos datos: *Los cómplices*, 1892, en Madrid; *Ifigenia*, 1898, en Barcelona (en catalán); *Margarideta* (adaptación de una parte del *Fausto*) y *Los caprichos del enamorado*, 1900, en Barcelona (ambas en catalán); *Los hermanos*, 1918, también en Barcelona; *Clavijo*, 1932, en Madrid; *Ifigenia*, 1949, en Santiago de Chile. Se han representado igualmente, de manera ocasional, algunos fragmentos del *Fausto*.

²⁹"La novela psicológica deberá siempre tomar por modelo al *Werther*", dice GONZÁLEZ SERRANO, *op. cit.*, ed. de Buenos Aires, 1944, p. 186.

³⁰Citado por JUAN CHABÁS, *Juan Maragall, poeta y ciudadano*, Madrid, 1935.

propia autenticidad en la vida. En esto coincidía con Angel Ganivet, el radical crítico de la decadencia de España, quien en su correspondencia con Navarro Ledesma examina lo que Goethe podía significar para la renovación de la vida española. Y en los dramáticos momentos de la crisis de Cuba, los españoles entraron en contacto con Nietzsche y lo estudiaron apasionadamente.

Muy poco se ha tomado en cuenta lo que Nietzsche significa para el mundo hispánico. El impulso que dio fue violento, y explosivo su efecto. Fascinaba a los lectores con su crítica de lo convencional y con su doctrina de los valores. La relación positiva de Nietzsche con Goethe tenía que actuar incitantemente, pues no era posible leer a Nietzsche sin encontrar reconocida a cada paso la autoridad de Goethe, "el único acontecimiento del siglo XIX"; Goethe era una cumbre en la historia humana. Ernesto Jiménez Caballero formuló retrospectivamente, con ocasión del primer centenario de la muerte de Goethe, la actitud de los hombres de comienzos de nuestro siglo: "Goethe, para la europeísta España romántica, la del postnoventayochó, es la *Aufklärung*, el *Weltbürger*: el hombre, el humanista, el polígrafo sumo —filósofo, científico, poeta, novelista, dramaturgo, botánico, pintor y fisiólogo. . ."³¹.

A partir de 1900 aumenta enormemente la literatura hispánica sobre Goethe, mejoran las traducciones, y se hacen accesibles obras que hasta entonces habían pasado inadvertidas. Los trabajos críticos son también más frecuentes y más serios; cada vez hay mayor preocupación por el "fenómeno Goethe". Abundan las citas y referencias en libros de todas las categorías³²; y no son, a menudo, simples recuerdos de lecturas, sino que se deja hablar a Goethe como a una de las más decisivas y veneradas auto-

ridades. En esta época se aprecia sobre todo la importancia de Goethe en la renovación de la poesía española; en sus *Lieder* se aprendió la musicalidad lírica, y gracias a él surgió hacia 1900 una nueva actitud poética: la "lírica de lo vivido"³³. Vemos las huellas de esto en la obra de Juan Ramón Jiménez, patriarca de la nueva poesía española, y más claramente aún en los poemas de homenaje a Goethe, como los de Guillermo Valencia o Gabriela Mistral.

En 1923 se hace sentir por tercera vez el impulso que había creado *La Abeja* y la *Revista Contemporánea*: íntimamente relacionado con la vida intelectual alemana por sus estudios en Marburgo, José Ortega y Gasset funda en Madrid la *Revista de Occidente*, consagrada a la europeización de España, aunque en ella es tan decisivo el viraje hacia la literatura y la ciencia alemanas, que algunos la consideran un órgano de germanización más bien que de europeización.

Las corrientes de admiración a Goethe fluyen, pues, por cauces distintos, pero a todas las mueve un impulso. Y este impulso no es sólo de las minorías, como lo demuestran las cifras desnudas del comercio librero. En los últimos cincuenta años se multiplican las ediciones populares de obras de Goethe. Las preferidas son *Werther*, el *Fausto* y *Hermann y Dorotea*, pero hay también ensayos biográficos y antologías, algunas de ellas destinadas a los niños³⁴. La culminación de este movimiento es la versión de Goethe publicada en 1944 por don Rafael Cansinos Assens, la cual constituye un verdadero acontecimiento para el mundo hispánico. Por primera vez

³³Desde antes de esta fecha, la vanguardia proclamaba a Goethe como el gran ejemplo que había que seguir; véase, por ejemplo, el prólogo del poeta catalán R. D. PERÉS a sus *Cantos modernos*, Madrid, 1888.

³⁴Por discutible que sea el convertir a los poetas clásicos en lectura para escolares, en este caso el hecho prueba, mejor que ningún otro, que Goethe pertenece de lleno al ámbito cultural hispánico. Véase: *Goethe. Antología que la Generalitat dedica a los escoles de Catalunya*, Barcelona, 1932, volumen que, además de composiciones orientadoras, contiene fragmentos de prosa y poesía. —RAMÓN MARÍA TENREIRO, el meritorio traductor de Goethe, publicó en 1935 *El nuevo París* como libro infantil, y en 1924 adaptó algunos trozos de *Poesía y verdad* con el título *Cuando era niño (Als ich jung war)*. MARÍA LUZ MORALES publicó en 1923 unas *Historias de Goethe* para niños (resúmenes de *Hermann y Dorotea*, del *Zorro Reinecke* y algunas baladas). En 1933 apareció incluso un *Fausto* adaptado para los niños por FRANCISCO ESTEVE.

³¹En *El Heraldo* de Madrid, 24 de marzo de 1932.

³²Damos sólo unos ejemplos, a título de ilustración. "Nos propusimos visitar los lugares cantados por Goethe", leemos en un libro tan español como *Los cerezos del cementerio*, de GABRIEL MIRÓ; LEOPOLDO ALAS, "CLARÍN", inicia un ensayo con la frase: "¿Conoces, lector, el país donde crecen los naranjos?"; el filósofo LUIS DE ZULUETA cita en sus ensayos pedagógicos las "sentencias en prosa", las "zahme Xenien", la correspondencia con Zelter, y suele traer a colación las conversaciones con Eckermann; en ORTEGA Y GASSET, de manera particular en sus primeras obras, abundan las citas de Goethe, y en PÍO BAROJA y RAMÓN PÉREZ DE AYALA encontramos como epígrafes pasajes del *Wilhelm Meister* y de *Las afinidades electivas*.

se presenta en castellano, y con gran dignidad, la mayor parte de la obra de Goethe. Además de una biografía en que se dice lo esencial, hay aquí una serie de ensayos en que se estudian los principales grupos de obras —dramas, novelas, etc.—, y cada una de éstas va precedida de una introducción que explica su “idea general” y señala su lugar en la producción de Goethe. Por primera vez aparecen aquí en castellano *La hija natural*, *El despertar de Epiménides*, *Stella*, el primer *Fausto*, el primer *Meister*, el *Diván* y muchos poemas, además de las composiciones de circunstancias, las “mascaradas”, etc. Sólo faltan las obras científicas —con excepción de la *Teoría de los colores*—, los escritos sobre arte y los trabajos críticos.

IX. Pero la significación de Goethe para el mundo hispánico no se agota en lo líbresco, ni en lo estrictamente literario. Es también importante su influencia sobre la conducta del hombre, sobre la actitud ante la vida. A esto apenas podremos aludir aquí. Siendo el carácter español tan inclinado a la anarquía y la negligencia, es natural que los espíritus selectos volvieran la mirada a Goethe, el hombre que construyó la “pirámide de la vida”, que se trabajó a sí mismo e introdujo la disciplina en un carácter amenazado de peligros, que se consagró a la acentuación y perfeccionamiento de su propio ser como una tarea vital, incluso después del éxito. No faltan los que se burlan de este modelo, los que se mofan de la “pedantería” alemana; pero la *élite* intelectual del mundo hispánico admira a Goethe precisamente como dechado en el desarrollo de las facultades y del carácter: así Carlos Riba, Eugenio d’Ors, Rafael Cansinos Assens, Francisco Maldonado de Guevara o Manuel de Montoliú en España, y en América el mexicano Alfonso Reyes, el colombiano Baldomero Sanín Cano, el boliviano Franz Tamayo, el argentino Francisco Romero o el uruguayo José E. Rodó.

Lo que Goethe significa para el mundo hispánico quedó de manifiesto sobre todo en las celebraciones conmemorativas de 1932 y 1949. “Goethe preside en el mundo, en ocasión de su centenario, los fastos del año 32 —escribió Eugenio d’Ors—; Europa le siente más actual que nunca, precisamente en razón de la crisis por que atraviesan los valores de idealidad superior que él representara... Si no en Frankfurt, en Weimar y dentro mismo de España, nues-

tra cooperación al jubileo goetheano ha tenido notas más fieles al perpetuo mensaje de tan augusta sombra”³⁵. Es imposible hacer aquí una reseña de esas celebraciones goetheanas³⁶. Lo que nos interesa es el hecho mismo de que las haya habido. Antes de 1932 se habían hecho conmemoraciones de Calderón o de Góngora, pongamos por caso, pero el celebrar a Goethe hubiera sido inconcebible. Además, el número y el alcance de los homenajes nos dicen algo sobre la intensidad de las relaciones con Goethe, pues no se explican sólo por el interés de un pequeño grupo de literatos. Si se celebraron no sólo en las capitales de Hispanoamérica, sino también en las provincias, ello quiere decir que había un vasto público que hacía posibles esos homenajes. Por último, no habiendo sociedades goetheanas en el mundo hispánico, se sigue que son siempre personas aisladas las que luchan por un interés espiritual y se unen espontáneamente entre sí para honrar a Goethe. Así, pues, en estas celebraciones se expresan una participación y una admiración íntimas, que no

³⁵EUGENIO D’ORS, *Nuevo glosario*, Madrid, 1949, p. 21.

³⁶En 1932, el Gobierno español organizó un acto oficial, durante el cual se representó *Clavijo*. La mayoría de las universidades y academias, y hasta algunas escuelas, realizaron actos de homenaje, y el número de publicaciones es tal, que ocupa varios pliegos en la bibliografía que hemos preparado. En cuanto a Hispanoamérica, mencionemos las celebraciones de la Sociedad Kantiana de Buenos Aires, donde se trató en varias conferencias la concepción goetheana del mundo. En Bogotá habló, entre otros, don Baldomero Sanín-Cano, y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, institución tradicional consagrada al cultivo de las humanidades, dedicó una piedra conmemorativa a Goethe, con esta inscripción, compuesta por su director, monseñor Castro: “A Goethe, divino poeta que reflejó en su vida y trasladó a sus obras la plenitud del universo”. (Algo quiere decir este epíteto de *divino*, y más cuando viene de boca de un prelado católico). También hubo celebraciones en otros países del continente, y las principales revistas del mundo hispánico —la *Revista de Occidente* y el *Heraldo* en Madrid, *Sur* en Buenos Aires y muchas revistas universitarias— publicaron números especiales. Las festividades abundaron más en 1949, y esta vez Hispanoamérica superó con mucho a España. El acto más importante fue el Festival Goetheano de Santiago de Chile; las fiestas duraron cuatro semanas, y en ellas se insistió sobre todo en la significación universal de Goethe; fue en esta oportunidad cuando se representó la *Ifigenia* por vez primera en castellano (la representación mereció tal acogida del público, que tuvo que repetirse varias veces). En Buenos Aires había actos conmemorativos y conferencias organizadas por Werner Bock, y así en los demás países del continente.

pueden explicarse por la simple moda del día. Los jubileos goetheanos de 1932 y 1949 son como el balance de un largo proceso, en el cual se ha sumado el esfuerzo de varias generaciones.

Quiero aludir, para terminar, al hecho de que no existe en los países hispánicos una filología goetheana, lo cual tiene sus ventajas y sus desventajas. Una de las desventajas es que, en lo que se refiere a la labor sistemática y erudita, hay que apoyarse casi siempre en trabajos extranjeros; y como los resultados de éstos no se conocen de ordinario más que en forma atrasada o fortuita, se conservan durante más tiempo que en otras partes no pocos conceptos ya superados. La ventaja es que Goethe no se ha convertido aún en tema de la rutina académica. Por ello son sobre todo los literatos y los amantes de la literatura quienes se sienten impulsados a tomar posición frente a Goethe. Los resultados no serán siempre valiosos, pero la relación con él es vital e impregna el concepto todo del mundo. En esta acción viva y configuradora de hombres me parece que radica la gran significación de Goethe para el actual mundo hispánico —una significación que supera, con mucho, a su influencia literaria³⁷.

En 1886, doña Emilia Pardo Bazán podía decir con razón que en España era Goethe "más admirado que comprendido",

³⁷He aquí algunos datos bibliográficos en materia literaria. Hasta 1860 había 33 obras de Goethe traducidas; en 1893 eran ya 83 (existen para entonces veinte traducciones del *Werther*, dieciocho del *Fausto*, y seis de *Hermann y Dorotea*); en 1950 el número de obras traducidas llega a 295.

³⁸"Fortuna española de Heine", en la *Revista de España*, CX, 1886, 481-496.

y que Heine era mucho más popular³⁸. Esto ya no es así: Quizá los *Lieder* de Heine sean todavía más populares que los de Goethe, pero la significación de éste ha llegado a ser tal, después de un proceso casi ininterrumpido de un siglo y medio, que supera a la de cualquier otro hombre de los dos últimos siglos. La relación con Goethe ha recorrido toda una gama, desde la indiferencia y el rechazo hasta la admirativa veneración. Para los románticos, Goethe no era todavía más que el representante de una tendencia literaria; en cambio, a partir del año 80 se convirtió en el representante de la formación y la cultura humanísticas, y, finalmente, a través de Nietzsche, se aprendió a ver en él al gran hombre universal. Goethe no es simplemente un escritor más o menos popular, sino un modelo, un guía, un "libertador de las redes de los filisteos", uno de los héroes del mundo hispánico. Es lo que han visto varios grandes poetas de lengua castellana, de entre los cuales quiero citar a Gabriela Mistral, que escribió un hermoso poema de homenaje, con ocasión del segundo centenario del nacimiento de Goethe:

Padre Goethe, que estás sobre los cielos
entre los Tronos y Dominaciones
y duermes y vigilas con los ojos
por la cascada de tu luz rasgados:
si te liberta el abrazo del Padre,
rompe la ley y el cerco del Arcángel,
y aunque te den como piedra de escándalo,
abandona los coros de tu gozo
bajando en ventisquero derretido
o en el albatros que arriba devuelto . . . ³⁹

³⁹GABRIELA MISTRAL, en *Goethe. Textos de homenaje reunidos por la Unesco*, México, 1949, p. 94.